

***Observaciones finales en la II Conferencia de células del
partido comunista en las instituciones de enseñanza militar
superior***
León Trotsky
10 de diciembre de 1921

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Concluding Remarks. At the 2nd Conference of Communist Party Cells in Higher Military Education Institutions](#)”, en [Trotsky Internet Archive](#) (consultado el 3 de abril de 2024); también para las notas. 10 de diciembre de 1921, de los archivos. La Segunda Conferencia de las células del Partido Comunista en las Instituciones de Educación Militar Superior se celebró del 10 al 12 de diciembre de 1921. Además de las observaciones finales impresas aquí, en esta conferencia el camarada Trotsky presentó un informe cuya transcripción taquigráfica, por desgracia, no se ha conservado. A continuación, reproducimos un extracto del informe publicado en la revista *Krasnaya Armiya*, número 9 de 1920. “El Presidente del Consejo de Guerra Revolucionario de la República resumió los informes recibidos de las localidades y dijo que el mando tomaría inmediatamente medidas reales para mejorar la situación material de las instituciones militares educativas superiores. Como medida para mejorar las condiciones de vida en ellas, propuso que fueran adscritas a los Sóviets de Petrogrado y Moscú. Reconociendo la necesidad de reorganizar la Escuela Militar Superior, el camarada Trotsky comentó ciertas tendencias que se habían manifestado en relación con la cuestión de la admisión en las instituciones de enseñanza militar superior. Subrayó que las puertas de la escuela militar están abiertas a todos los comandantes entregados a la revolución, incluidos los comandantes que no son del partido y que han demostrado en la acción su entrega al poder soviético”.)

Camaradas, en notas que me han pasado se me ha formulado una pregunta que el primero de los camaradas que ha hablado aquí también formuló oralmente, a saber: ¿cuál es la situación de nuestra marina de guerra, qué destino le espera en el período inmediatamente venidero, cuál debe ser su estructura?). El camarada Posunko, hablando aquí, ha dicho que durante los años del poder soviético la marina ha estado en un estado crónico de colapso, y que la culpa de esto la tienen los comandantes, que son hostiles a nosotros. Creo que, en la explicación que da de un hecho perfectamente comprobado, el camarada Posunko está absolutamente equivocado. Lo que ha ocurrido, según él, es que, en lo que se refiere al ejército, hemos podido encontrar mandos fiables y un comandante en jefe fiable, y por eso el ejército se ha consolidado, pero en lo que se refiere a la marina no hemos tenido suerte, no hemos podido encontrar un hombre así, y por eso la marina se ha hundido.

Nada de eso. Esta explicación es radicalmente errónea. Tal vez el camarada Posunko dijo más de lo que quería decir, o menos. Pero he oído algo parecido de muchos marineros: el Vicecomandante en Jefe de las Fuerzas Navales nos traicionó, y por eso comenzó la desintegración en los barcos. Esto es radicalmente erróneo. Todo el escenario del desarrollo de nuestro ejército y nuestra marina respectivamente ha sido profundamente diferente en estos años. ¿Por qué *no fuimos destruidos militarmente*? Podemos hacernos esta pregunta: ¿cómo fue que logramos no ser destruidos militarmente? En febrero de 1918 la clase obrera de este país estaba, desde el punto de vista de la defensa, “en los huesos”. El viejo ejército se había disuelto, el nuevo no existía y había que hacer frente a un sinnúmero de enemigos.

Sin embargo, no fuimos destruidos. ¿Por qué? Porque poseíamos una inmensa *place d’armes* porque Rusia es un país de extensiones ilimitadas. No hace mucho estuve hablando con un oficial de la marina alemana que había tenido una conversación con Nicolás II, y me dijo que Nicolás II, un hombre que, como es bien sabido, no era nada inteligente, se expresó así: “Rusia no es un estado, sino un continente”. Le dije al oficial

alemán que probablemente Nicolás no lo había pensado él mismo, sino que lo había leído en alguna parte, pero que, en cualquier caso, lo que había dicho era cierto. Rusia no es un estado, sino un continente. Sólo porque éramos capaces, impunemente, de retirarnos a inmensas distancias, cada uno de los ejércitos europeos que intentaron aplastarnos se enfrentó a la tarea de ocupar un país sin límites. Y nos fue posible, gracias a estas extensiones, partir de Moscú, en el centro, para construir un ejército. Este ejército desarrolló una estrategia de maniobra en el curso de sus batallas. Algunos camaradas relacionan esta estrategia con el carácter de la revolución. No es así. La estrategia de maniobra es el resultado de dos magnitudes: el territorio y el tamaño del ejército. Allí donde el territorio es enorme y, en relación con él, el ejército es insignificante, sólo allí es posible una estrategia de maniobra. Precisamente porque Rusia no es un estado, sino un continente, el poder soviético pudo mantenerse firme aquí, mientras que en Hungría cayó, sufrió la derrota. Si, a finales de 1917, hubiéramos llegado al poder en Bélgica o en Hungría, no habríamos tenido una estrategia de maniobra, ni siquiera un ejército, pues pronto habríamos dejado de estar en el poder. Y en lo que respecta a la marina, nos encontrábamos precisamente en la posición “belga”, es decir, en una situación peor que difícil. No teníamos ningún continente de agua en el que pudiéramos construir una armada y llevar a cabo operaciones. Frente a nosotros estaba la todopoderosa Gran Bretaña. Puede que tuviéramos un mal comandante de las fuerzas navales, puede incluso que fuera un traidor (¡puede pasar cualquier cosa!) pero eso no es lo principal: quien quiera entender la diferencia entre el destino del ejército y el de la marina debe recordar que, aunque tenemos territorio más que suficiente (intentaron reducirlo para nosotros, y nos quitaron un poco), en lo que respecta al mar no tenemos prácticamente nada. Si tomamos nuestro ejército, el papel desempeñado en él por el material humano es, en términos generales, tres cuartas partes de todo el asunto, y el papel de la tecnología sólo representa una cuarta parte. Pero en la marina es al revés: tres cuartas partes son maquinaria, metal transformado en tecnología de guerra, y los hombres sólo cuentan una cuarta parte. ¿Y en cuál de estos elementos somos fuertes? Somos fuertes en mano de obra: nuestro pueblo, aunque por desgracia hambriento, es muy numeroso. Pero en tecnología somos débiles. Estas razones son más que suficientes, de modo que cualquier otra que pueda existir puede considerarse de décima importancia. Para que una armada viva, debe tener carbón y petróleo: sin ellos no habrá armada. El ejército, por supuesto, también necesita combustible, para calentar sus cuarteles, para sus coches de motor, blindados, etcétera. Pero la importancia relativa del combustible no es tan grande en el ejército. Si no hay camiones, el ejército puede arreglárselas con los carros de los campesinos. Pero si la armada carece de carbón y petróleo, no puede desplazarse a ninguna parte. Y así, camaradas, para el éxito naval nos faltan tres nimiedades: primero, agua; segundo, barcos; y, tercero, combustible. Y a estas tres nimiedades podéis añadir, si queréis, malos comandantes. ¡Esa es la situación! Nuestros camaradas marinos son gente espléndida, luchan magníficamente también en tierra, lo han demostrado con sus hazañas, pero nos han estado acosando positivamente con sus quejas y reproches: dicen que no se les aprecia, que la marina está mal cuidada, que no se presta suficiente atención a la defensa marítima, etcétera.

El problema no está ahí, sino en nuestra pobreza. Acabo de regatear, camaradas, sobre 100.000 *puds* de carbón, en el comité central del partido (sí, cada *pud* de carbón tiene que ser discutida hoy en día por el comité central. Pero, ¿sabéis de qué hablábamos el año pasado? Discutíamos, con seriedad partidaria, cuál de las dos acciones sería más peligrosa: amarrar nuestros barcos por un tiempo o hundirlos, porque el hundimiento es también una forma de preservar un barco, ya que más tarde, cuando vengan días mejores, puede ser izado. Pero no lo hicimos. Pero es bastante instructivo que estuviéramos

discutiendo esta cuestión. Le dimos al ejército todo lo que pudimos. Por eso no pudimos elegir comandantes para la marina. Puesto que nos dedicábamos a salvarnos en tierra, después de haber tenido que retirarnos casi por completo de las costas, era natural que los mejores trabajadores de entre los marineros fueran llevados al ejército, y finalmente despojamos a la marina de sus hombres. ¡Esa es la raíz de todo!

¿Qué fue esto? ¿Imprudencia? ¿Un error? Nada de eso. Había razones históricas muy profundas. Además, les digo que, desde el punto de vista internacional, nuestra pasividad en lo que se refiere a la marina tuvo sus consecuencias favorables, porque provocó una cierta división entre Francia y Gran Bretaña en su actitud hacia nosotros. Gran Bretaña no podía tolerar en ningún caso ningún intento por nuestra parte en el ámbito naval. Cuando botamos un solo submarino, Curzon montó un gran alboroto. Por supuesto, los británicos, al igual que los franceses, nos consideraban un enemigo, pero un enemigo que había sido expulsado hacia el interior y que, por lo tanto, no era tan peligroso, e incluso entablaron relaciones comerciales con nosotros. En nuestro primer intento de reactivar la marina, los británicos se mostrarían mucho más duros con nosotros. Esto también hay que tenerlo en cuenta. Hoy en día, la situación internacional general promete nuevas perspectivas. También se han observado ciertas mejoras en la producción de carbón y petróleo. La atracción de capital extranjero y la reactivación de la metalurgia y la industria metalúrgica abren nuevas posibilidades, tanto para la reparación como para la construcción naval. Estamos elaborando un programa modesto, considerando que nuestra marina tiene futuro: este programa es, por supuesto, de carácter estrictamente defensivo, y consiste principalmente en submarinos y medios de defensa por minado. Nadie, por supuesto, supondrá que podemos presumir en este momento de elaborar un programa para construir poderosos buques de línea, superdreadnoughts. Pero necesitamos una marina de guerra para la defensa, y la iremos creando gradualmente, tan pronto como dispongamos de los requisitos materiales necesarios: en la actualidad sólo están empezando a aparecer. Pero los camaradas marineros tienen toda la razón cuando señalan la necesidad de preservar un núcleo de personal para la marina, porque, aunque la maquinaria representa tres cuartas partes en el mar y los hombres sólo una cuarta parte, sin embargo, sin esa cuarta parte la maquinaria no es más que chatarra. Si no conservamos ni siquiera un pequeño núcleo de hombres para la marina, dentro de dos o tres años no estaremos en condiciones de luchar, aunque entonces poseamos los medios tecnológicos para desarrollar la marina. Por consiguiente, es necesario preservar tal núcleo de elementos de élite. Así como estamos preparando un plan técnico para restaurar la marina, también debemos preparar un cuerpo fiable de comandantes, formado predominantemente por comunistas. Esto es obvio y no se puede discutir.

El único problema es: ¿qué medidas prácticas debemos tomar inmediatamente, a qué ritmo y en qué orden? Sería imposible, fantástico, saltar de nuestra situación actual a otra en la que los comandantes fueran comunistas al cien por cien. A esto me refiero. En nuestro ejército tenemos un 5% de comunistas desde la purga, quizás un 6%, y un 95% de no comunistas. Quienquiera que decida dirigirse a este ejército y decir que vamos a permitir que sólo los comunistas entren en nuestras instituciones de educación militar, especialmente en las superiores, no entiende nada y no es político ni revolucionario. Es una cuestión muy seria. Decir a un ejército en el que el 95% son no comunistas que, después de haber estado en el poder en este país durante cuatro años, hemos llegado a la conclusión de que debemos hacer que sólo los comunistas entren en nuestras instituciones educativas, sería un error muy grave. No se trata en absoluto de los especialistas. No volvamos a 1918, cuando discutíamos sobre si debíamos o no permitir especialistas en el ejército. Eran discusiones infantiles, esas discusiones que tuvimos en 1917-1918, y ahora estamos viviendo a finales de 1921. La cuestión que tenemos ante nosotros es muy

diferente. Ya tenemos un nuevo cuerpo de comandantes que han subido desde abajo, hombres de confianza, gente soviética, pero no comunistas: los comunistas en nuestro ejército constituyen ahora sólo el 8 por ciento. Hemos expulsado del partido a muchos comandantes, no porque no sean dignos de confianza, sino porque no son gente del partido. Cierta gente moriría, si fuera necesario, por la revolución, pero carece de la educación partidista que podría darle derecho a influir en la política del partido. Al cabo de uno o dos años, tal vez, se ponga en forma y llegue a comprender que el partido es un asunto serio: quizá este grave hecho de que haya sido expulsado le estimule políticamente. Pero tal vez en general no esté adaptado a la vida del partido, la mayoría es así. Esto sólo demuestra que los mandos son un reflejo del ejército, y el ejército es un reflejo del país. El país es “apartidista”, pero el partido lo dirige. No es posible decir: ahí, aprieto un pedal, y de inmediato obtenemos los comandantes comunistas que necesitamos. ¿De dónde? ¿De dónde? Al fin y al cabo, la hierba no crece “de golpe”. Apenas hay diferencias de opinión entre nosotros sobre que debemos aumentar por todos los medios el número de comunistas en el ejército en general, y entre los comandantes en particular. Nuestras diferencias se refieren a la cuestión de cómo deben situarse los comunistas en relación con la educación militar. ¿Cómo debe ser?: ¿una posición de monopolio, de privilegio formal, o de superioridad real? Yo soy partidario de lo segundo. Cuando el camarada Ostrovsky habló de la necesidad del monopolio, se pasó de listo... Espero que me perdone. ¿Cuál era el argumento? En nuestro país, se decía, tenemos dictadura, tenemos un ejército de clase y, por lo tanto, los comunistas deben tener el monopolio de los puestos de mando. Pero, ¿de dónde vamos a sacarlos? El camarada Kruchinsky expuso un trozo de filosofía aún más espeso, y lo llamó marxismo. No, esto no tiene nada en común con el marxismo. Es nuestra propia invención, y es radicalmente falsa. En el ejército, el 95 por ciento son hombres que no pertenecen al partido, y decimos a cada campesino del Ejército Rojo: tú, Petrov, puedes alcanzar cualquier puesto de mando, todas las puertas están abiertas para ti. Decimos, como Napoleón: cada hombre del Ejército Rojo, cada recluta, tiene un bastón de mariscal en su mochila. Pero ustedes quieren que decretemos que ese bastón de mando sólo lo pueden alcanzar los comunistas. Piensen qué impresión causaría eso. No, no se puede hablar de monopolio. ¿Pueden crearse privilegios formales para los comunistas? Digamos que dejamos entrar en la academia a los comunistas, aunque sólo sepan la mitad de lo que deberían, mientras que a los no comunistas se les imponen mayores requisitos... Eso significaría crear una situación de privilegio formal, aunque odiosa. Rechazo tal privilegio formal, y hasta que el partido no me destituya no lo permitiré. Pero hay una tercera posibilidad, más digna y más realista: a través del partido comunista crear condiciones que doten al ejército de un porcentaje cada vez mayor de mandos comunistas. A través de su organización, el partido preparará y designará a los elementos adecuados para la academia, estableciendo cursos preparatorios para ellos, o bien sirviéndose de las facultades obreras.

Así, por medio de todo su aparato organizativo y del aparato estatal que está en sus manos, el partido facilitará el suministro de comunistas a la academia. Este es el único arreglo adecuado. Decimos francamente a los comandantes no pertenecientes al partido que las puertas están abiertas para ellos, y si un comandante no perteneciente al partido ha demostrado su devoción a la revolución, le ayudaremos a llegar a la academia. Si los comunistas consiguen prepararse mejor es porque cuentan con el partido. El partido da mucho, pero también exige mucho. Usted es un hombre que no pertenece al partido: las puertas de la academia también están abiertas para usted. ¿Significa esto que vamos a admitir en la academia a los que no son del partido en el mismo porcentaje que antes? No. Prestaremos mucha atención a las recomendaciones de la comisión de credenciales, pero las corregiremos en aquellos casos en los que la comisión de credenciales de una

determinada institución educativa no sea capaz de tener en cuenta circunstancias externas a esta institución, en el propio ejército. Sería fácil, por supuesto, desde el punto de vista del grupo comunista de una institución educativa, decir: “¡Nadie más que los comunistas!”. Pero, qué pasa cuando me encuentro cara a cara con un comandante de compañía que me pregunta: “¿Es cierto, camarada Trotsky, que se ha tomado la decisión de no admitir a hombres que no sean del partido?” Tiene la Orden de la Bandera Roja, no es un trepa sino un honorable combatiente. Y ahora me pregunta: “¿Es cierto que se ha decidido eso?”. Y les gustaría a ustedes que se tomara precisamente esa decisión. El camarada de la Academia Electrotécnica dijo precisamente eso. Esto da ocasión suficiente para que los que malmeten en ejército hablen de que las puertas de la academia están cerradas. Sería fácil cerrar esas puertas; pero ¿dónde vamos a encontrar comunistas que tengan suficiente preparación militar? El camarada Ostrovsky, hablando aquí, empezó a discutir y a sopesar la cuestión de qué es mejor: ¿la fiabilidad o la competencia? Eso me recuerda a otro Ostrovsky, el dramaturgo, cuya heroína de clase mercantil pregunta: “¿Qué es mejor: ¿esperar y no obtener, o tener y perder?”¹. [Es muy difícil decir qué es mejor. Un comandante que conoce su trabajo, pero no es de fiar, traicionará y causará un desastre. Un comandante fiable, pero que no sabe hacer nada, también provocará un desastre. ¿Cuál de los dos es mejor? Pongamos a ambos en la balanza. En un platillo de la balanza pongo la fiabilidad y, en el otro, la competencia. Creo que la balanza vacila, vacila... y acaba nivelándose. ¿Puede negarse, en efecto, que ambas cualidades son igualmente necesarias? Un comandante poco fiable provoca desastres, y lo mismo ocurre con un comandante que no conoce su trabajo. Por lo tanto, necesitamos un comandante que sea a la vez fiable y competente. Ya en 1917 dijimos: como apenas tenemos comandantes que sean a la vez competentes y fiables, tendremos que combinar la competencia y la fiabilidad mediante la combinación de dos o tres personas. Cogimos a un especialista militar y lo pusimos en la mano derecha y en la izquierda a un comisario, que en aquella época era algo diferente de lo que es hoy. Recuerdo cómo, en Petrogrado, ya en el momento del primer ataque de Krasnov, cuando Muraviov fue nombrado comandante, el camarada Lenin y yo invitamos a otra habitación a los cuatro marineros y a un soldado que habían sido nombrados comisarios, y les preguntamos si poseían revólveres... Sí, los tenían. Bien, entonces, les dijimos: manténganlos a mano y no aparten la vista del comandante. Así combinábamos la fiabilidad con la competencia. Muraviov tenía la competencia, y la fiabilidad estaba en la mano del marinero. ¿Y desde entonces? Hemos hecho todo lo posible para formar comandantes que sean a la vez competentes y fiables. Hablando claro, ha sido una tarea muy difícil. Hemos sido traicionados tanto por comandantes traidores como por comandantes ignorantes. Cuántos ejemplos ha habido de un excelente y devoto comunista que, cuando estaba al mando de una pequeña tropa guerrillera, mostraba valor, llevaba a sus hombres a la batalla, etc., pero que, cuando se convirtió en comandante de una división, hizo las cosas más espantosas, que nos costaron muy caras. Y toda la fase inicial de la guerra consistió en errores muy graves, algunos debidos a la traición, otros a la ignorancia. ¿Y cuál es la cuestión aquí? La cuestión es que los altos mandos no se forman artificialmente, en un laboratorio, sino que sólo crecen en el suelo del propio ejército, en su conjunto. Podemos, por supuesto, acelerar un poco este proceso, con la ayuda del partido, pero es inútil intentar crear académicos militares y navales artificialmente, en poco tiempo. Por eso, cuando he hecho subir a ciertos camaradas, no quería decir, por supuesto, en absoluto que no necesitamos comandantes comunistas. No, los necesitamos urgentemente. En esta cuestión, nosotros y ustedes seguimos la misma línea, pero a ritmos diferentes. Ustedes quieren dar un salto demasiado

¹ Esto dice Ustinka, la hija de un comerciante, en la obra de A. N. Ostrovsky *Lo que sueñas en visperas de una fiesta se hará realidad antes de la hora de cenar* (1857).

rápido en la Academia Naval, del 1% al 100%. Si quieren conservar en la marina los vestigios que aún tenemos, no pueden barrer con una fregona, de esta manera, algo sin lo que no podemos arreglárnoslas. Y cuando el camarada Kruchinsky dijo aquí que se encarcela a los marinos traidores, pero el camarada Trotsky quiere devolverlos a la academia, no se trata en absoluto de una cuestión tan simple. Discutimos esta cuestión en el comité central del partido. Se creó una comisión especial, bajo la presidencia del camarada Kursky (que, como sabéis, no es marino, sino nuestro Comisario del Pueblo para la Justicia y un viejo trabajador del partido), una comisión en la que había miembros marinos, con el fin de revisar aquellas detenciones sumarias, debidas a circunstancias excepcionales, en las que se hubieran podido cometer errores. La inmensa mayoría de los detenidos ya han sido puestos en libertad. Un cierto número (este trabajo aún no ha concluido) están siendo devueltos a Petrogrado y, al parecer, algunos serán enviados de nuevo a la academia. Los chekistas están, por supuesto, trabajando con la comisión, y no están en absoluto interesados, como tampoco lo estamos ni ustedes ni yo, en dejar entrar enemigos en el departamento de marina. Así es como está el asunto. Ya he hablado de la preocupación por la precedencia. En respuesta, algunos camaradas trataron de justificarlo: mientras que la antigua preocupación por la precedencia² era una expresión de la dictadura de los boyardos, la de hoy, decían, es una expresión de la dictadura de la clase obrera. Una comparación inútil. Pero podría, condicionalmente, aceptarla si lo que tuviéramos fuera una dictadura de una clase obrera cuya mayoría fuera comunista, en un país donde la clase obrera fuera indiscutiblemente dueña de la situación. Pero la esencia de la cuestión es que el gobierno del partido comunista es desafiado de vez en cuando. Podemos incluso imaginar las diversas formas en que el partido comunista, si perdiera su sentido común, podría provocar el desastre. En primer lugar, si permitiera la entrada en sus filas de un gran número de elementos extraños. En Kronstadt había un cuerpo de comandantes ajenos al partido, que nos traicionaron. Pero, ¿han olvidado que allí había varios cientos de comunistas que participaron en la lucha contra nosotros?³ Por un lado, había altos mandos no pertenecientes al partido, ya fuesen navales o militares, y, por otro lado, el peligro había penetrado en el partido en forma de elementos extraños. Fue una seria lección para nosotros. Si el partido tomaba el camino de establecer un monopolio comunista de la educación militar, impulsaría a mucha gente a asumir falsos colores para entrar en nuestras filas, mientras que, por otro lado, alienaría a la gente honesta no perteneciente al partido y se aislaría políticamente. La gente que no pertenece al partido podría no esconderse dentro del partido, sino, por el contrario, formar grupos hostiles al partido. Ahí reside el peligro. Nuestra estrategia política no puede ser, en estas condiciones, una estrategia lineal como la que se ha sugerido: consolidar las instituciones educativas superiores con comunistas y ya está. En esta cuestión, nuestra estrategia política tiene que ser una estrategia de maniobra. Abriremos las puertas de los centros de enseñanza superiores a personas que no pertenezcan al partido, porque en el ejército (¡no lo olviden, camaradas!) el 95 por ciento son personas que no pertenecen al partido. Diremos al hombre común del Ejército Rojo: ¡Avanza! Y al mismo tiempo, a través del partido, crearemos ventajas de hecho para los comunistas: selección, promoción, preparación, etcétera. Si descubrimos, como ocurrió a finales del año pasado, cuando, debido a las requisas y demás, la moral en el ejército era baja, que un elemento hostil a la revolución está empujando las puertas, pondremos una guardia comunista en las puertas,

² En Rusia, entre los siglos XV y XVII, la cercanía al zar y la prioridad en el nombramiento para determinados cargos se regían, entre los nobles, por un “orden de precedencia” formal.

³ Paul Avrich (*Kronstadt*, 1970, página 183) cita a Trotsky diciendo en el X Congreso del partido que el 30 por ciento de los comunistas de Kronstadt tomaron parte activa en la revuelta, mientras que el 40 por ciento permaneció neutral.

y no dejarán pasar a nadie que no deba pasar. Hoy vemos que la moral está mejorando en el ejército. Decimos: abran la puerta cinco centímetros más. Eso no significa: ¡abran la puerta de par en par a los que no son del partido! Si la moral volviera a empeorar (cosa que pensamos que no ocurrirá) deberíamos decir: tira de la puerta hacia dentro un centímetro. La maniobra política consiste en hacer eso. Ciertos camaradas terriblemente izquierdistas ven con desprecio esa política (el camarada Kruchinsky, por ejemplo). Les gustaría lanzar hachazos. Pero ésa no es nuestra política comunista. Hay que saber cuándo hay que mantener la puerta entreabierta y cuándo hay que cerrarla de golpe, o abrirla de nuevo. En eso consiste la habilidad política que debe aplicar la vanguardia que constituye una minoría de la clase obrera en un país campesino. En esto reside la esencia de nuestra estrategia actual, y es plenamente aplicable a las instituciones educativas militares superiores. Todo lo que podemos discutir es si abrir la puerta media pulgada o siete pulgadas, es decir, la cuestión puramente práctica de a quién dejar entrar y a quién no. Pero trasladar esta cuestión al plano de una discusión sobre la dictadura del partido es una tontería. No se plantea tal cuestión, porque ¿quién decide si se abre la puerta un centímetro o más? Lo decide el partido. Ahí es donde existe la dictadura. El partido, tras considerar las circunstancias, decide hasta qué punto, cuándo y cómo admitir a personas que no son del partido. Así mantiene la dirección totalmente en sus manos, y la dictadura consiste en hacer eso.

¿Significa esto “concesiones”, “compromisos”? Por supuesto; ¡concesiones inteligentes y compromisos necesarios! También en otras cuestiones hemos tenido que hablar últimamente más de una vez sobre el sentido y el significado de nuestras concesiones. Todos los mencheviques internacionales aúllan ahora contra nuestra Nueva Política Económica: “¡Mirad lo que hacéis, otorgáis concesiones al capital extranjero, permitís el libre comercio; pero ésta es una política extremadamente derechista, transigente, reformista! Entonces, ¿para qué tomaron el poder? Cuando nosotros, en Alemania (dicen los scheidemannistas), concluimos acuerdos de compromiso con la burguesía, ustedes nos criticaban, y sin embargo ustedes mismos hacen lo mismo en su propio país. ¿Valió la pena que tomaran el poder?” Considérenlo, camaradas, ¿valió la pena o no? A eso respondemos: “Irrespetuosos señores scheidemannistas. En su país, la burguesía decide hasta dónde va a hacer concesiones a la clase obrera; hasta aquí, de acuerdo, pero intenten avanzar más y abrirán fuego las ametralladoras. En nuestro país, sin embargo, nosotros, el partido del proletariado, decidimos hasta dónde llegar en los compromisos con la burguesía: hasta este punto, hasta esta línea, de acuerdo, pero intentad avanzar más y (¡no os enfadéis!) abrirán fuego las ametralladoras. Esa es la diferencia. Las ametralladoras están en nuestras manos, el ejército está en nuestras manos. Llegamos a varios acuerdos: tenemos un acuerdo con los trabajadores que no pertenecen al partido, otro con los campesinos, un tercero con el pequeño comercio, y con el gran comercio, con los concesionarios, tenemos otro acuerdo especial: todos ellos acuerdos diferentes, tratos diferentes, cuidadosamente calculados. Pero, ¿quién tiene la llave? Nosotros. ¿Quién decide los límites del acuerdo? El partido. Esa es la cuestión. Sin estos acuerdos hace tiempo que deberíamos haber caído, pero nos mantenemos firmes y seguiremos haciéndolo, venceremos: ahí ven hasta dónde nos ha llevado la cuestión sobre si permitir o no la entrada en la academia a personas que no son del partido. Esto no es culpa mía, sino de los camaradas que plantearon la cuestión en el plano de los “principios”...

El camarada Kruchinsky ha tratado de atacarme en otra línea de “principios”, a saber, la de la guerra revolucionaria ofensiva. Digo de una vez, y sin rodeos, que se trata de falsos prejuicios, de superficialidades del izquierdismo, que aquí se tocan con una melodía militar, y que son espantosamente similares a las opiniones de esos

semimarxistas de izquierda alemanes, semisindicalistas, que estuvieron en el Congreso Internacional que se celebró aquí⁴. Tales puntos de vista pueden causar mucha confusión. Son totalmente contrarios a la línea de nuestro partido. Acerquémonos más a la cuestión. El camarada Kruchinsky dice que estoy “asustado” por el imperialismo rojo, que sólo conozco a medias la guerra revolucionaria ofensiva, pero que tengo miedo de decirlo en voz alta. Mientras que él, Kruchinsky, lo dirá todo sin contenerse: guerra revolucionaria ofensiva, eso es, dice, ¡así que dilo y no te andes con rodeos! Consideremos el asunto. A esta cuestión, que es de la mayor importancia, dedico un largo artículo que aparecerá en el próximo número de La Internacional Comunista y en nuestra revista militar⁵. En relación con las observaciones del camarada Kruchinsky, quiero decir aquí en primer lugar que esta cuestión tiene dos aspectos: el aspecto de principios político y el aspecto de agitación política. El aspecto de principios consiste en lo siguiente: ¿consideramos admisible en principio la guerra revolucionaria ofensiva y, además, es probable o inevitable históricamente? Incondicionalmente, la consideramos tanto admisible como probable y, en determinadas circunstancias, inevitable. Ya hablamos de ello hace veinte años, incluso antes de la primera revolución: es una verdad elemental. Ya Marx nos enseñó que cuando la clase revolucionaria tiene el poder en sus manos, y dispone del ejército, lo utiliza para consolidar la revolución y, cuando es posible, también para extender su territorio. La burguesía debe ser derrocada en todo el mundo, y uno de los instrumentos para derrocarla será, en determinadas circunstancias, la guerra revolucionaria. Por lo tanto, no hay ni puede haber para nosotros ninguna cuestión de principio en cuanto a si el ejército debe ser capaz, en ciertos casos, de librar una guerra revolucionaria. Pero, ¿cuándo, cómo y en qué circunstancias?

En el III Congreso de la Comintern, las “izquierdas” alemana, italiana y otras dijeron que estaban a favor de la “ofensiva” revolucionaria. No se referían a la estrategia del Ejército Rojo, sino a la estrategia de nuestro partido en Alemania y en otros países. Decían: estamos por la ofensiva revolucionaria, porque la burguesía sólo puede ser derrocada por un levantamiento. Eso es indiscutible, es elemental. Pero de ahí no se deduce *cuándo* y *dónde* debe tener lugar el levantamiento. Y esa es una cuestión de no poca importancia. El III Congreso [Mundial de la Internacional Comunista] dijo que el período actual no es un período de ofensiva de la clase obrera contra la burguesía a escala mundial, sino un período de preparación política para esta ofensiva. En consecuencia, la discusión se refería a estas alternativas: ofensiva revolucionaria internacional o preparación internacional para una ofensiva. Los “izquierdistas” agitaron los brazos por todas partes y trataron de acusarnos: vosotros, decían, estáis contra la ofensiva revolucionaria, pero eso es basura. Nosotros los ridiculizábamos, diciendo: vosotros, muchachos, acabáis de conocer la ofensiva revolucionaria, y la estáis buscando por todas partes, por todos los rincones, como gatitos deslumbrados. Pero tenéis que saber de qué se trata. Así les respondimos, y con razón. Y los “izquierdistas” sacaron de ello una muy buena lección para sí mismos. En Alemania, nuestro partido ha efectuado en los últimos seis meses el necesario repliegue y ha realizado un amplio trabajo de preparación para la

⁴ Para la crítica de Trotsky a la “teoría de la ofensiva” de la izquierda alemana, véase su discurso del 2 de julio de 1921 en el III Congreso de la Internacional Comunista (“[Intervención de Trotsky en la decimocuarta sesión del Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista, 2 de julio de 1921, en la discusión del informe del camarada Radek sobre la táctica de la Internacional Comunista]”, en *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista* (obra completa en un volumen), página 278 y siguientes del formato pdf tanto en esta serie de nuestras EIS como en nuestra serie [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\)](#) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales).

⁵ El artículo “[Doctrina militar o doctrinarismo pseudomilitar](#)” apareció en el número 19 de la revista *Kommunistichesky Internatsional* y en el número 2 de *Voyennaya Nauka i Revolyutsiya* de 1921 (“[Doctrina militar o doctrinarismo pseudomilitar](#)”, en esta misma serie de nuestras EIS).

ofensiva: sólo este trabajo le permitirá, tarde o temprano, pasar a la ofensiva y aplastar a la burguesía alemana. Pero si hemos pasado a la preparación, frente a la ofensiva, a escala mundial, ¿qué conclusión se desprende de ello para el Ejército Rojo? ¿Tiene acaso su propia política especial? Una ofensiva ahora significaría que queremos que el Ejército Rojo cargue con una tarea superior a sus fuerzas. Tal política sería fatal. Decimos a la clase obrera: el congreso mundial reconoció que, en el período inmediatamente venidero (cuánto durará, no lo sé), debemos concentrarnos en el trabajo preparatorio. No vamos a emprender la fantástica tarea de marchar sobre Varsovia, Berlín y París en un momento en que la Internacional Comunista está diciendo a los trabajadores de Polonia, Alemania y Francia: acercaos a las masas, no vayáis demasiado lejos, aún tenéis grandes tareas de preparación que cumplir. Por eso considero que en el interesante libro del camarada Tujachevsky hay un error cuando escribe que ha llegado el momento de que la Comintern cree un estado mayor internacional⁶. ¡Ni más ni menos! ¡Un estado mayor internacional! ¿Qué es eso? La Internacional Comunista es la organización política que reúne a los partidos comunistas nacionales. ¿Cuándo se hizo posible la Internacional? Cuando, junto al Partido Comunista Ruso (b), aparecieron el Partido Comunista Alemán y otros partidos comunistas. ¿Y cuándo se hará posible un estado mayor común? Cuando, junto al gobierno del proletariado ruso, hayan surgido otros gobiernos proletarios. Entonces y sólo entonces será posible hablar seriamente de un estado mayor común, en el sentido militar de la palabra. Pero, ¡esta condición previa necesaria no existe! Y ahora estamos en la fase de retirada y preparación. ¿Qué pasa con nuestras concesiones a los capitalistas extranjeros? ¿Y nuestro reconocimiento de las deudas zaristas? ¿Son acaso elementos de una ofensiva? No, son elementos de compromiso y preparación. La estrategia, después de todo, está ligada a la política. Si ahora estuviéramos en condiciones de tomar la ofensiva, no deberíamos haber reconocido las deudas zaristas. Concesiones, la Nueva Política Económica, reconocimiento de las deudas zaristas y, junto con todo eso, guerra ofensiva: ¡haría reír a un gato! Les digo en confianza que no se puede hablar seriamente de este asunto, en voz alta: ¡la gente rugiría de risa! La guerra es la continuación de la política por otros medios, decía el viejo Clausewitz, y el viejo Clausewitz era un hombre sensato. Con vosotros, sin embargo, la política va en una dirección y la estrategia en otra. Por supuesto, el método ofensivo sería más agradable, pero en el momento oportuno. Intentamos hacer una incursión ofensiva revolucionaria en Europa con nuestra marcha sobre Varsovia, pero no salió bien. ¿Por qué? Porque la revolución no había madurado. No porque tal salida fuera mala en principio, no, sino porque la revolución en Polonia no había madurado. En Italia la revolución había fracasado, y en Alemania y Polonia no se había completado el período preparatorio. Nuestro movimiento militar resultó estar políticamente aislado, y retrocedimos. A partir de ese momento comenzó una retirada política general del proletariado. Una retirada también puede ser una maniobra, igual que una ofensiva. Eso está bien dicho en el libro del camarada Tujachevsky. Demuestra que, en una guerra de maniobras, la defensa también adquiere un carácter de maniobra. La retirada es un cambio intencionado de emplazamiento para evitar una batalla desventajosa. El resultado de nuestra retirada militar de Varsovia (después de sondear a nuestros enemigos y a nuestros amigos) fue una retirada política, no sólo de la Rusia soviética, sino también de todo el movimiento revolucionario. ¿Qué fue el Tratado de Riga, por el que ahora estamos pagando? Fue parte de nuestra retirada. Estamos retrocediendo, con cautela y firmeza, sin ceder al enemigo más posiciones de las necesarias. Estamos retrocediendo... y, ¿qué es esto?, estamos gritando: “Puesto que somos marxistas, en principio estamos a favor de la acción ofensiva, no defensiva”.

⁶ Sobre la creación de un Estado Mayor Internacional, véase el libro de Tujachevsky *Voyna Klassov (La guerra de clases)*, Gosizdat, Moscú 1921, página 59.

Repito, esto haría reír a un gato. ¡Eso es lo que significa pensar una cuestión hasta el final! Naturalmente, cuando la situación haya cambiado en el sentido pertinente, tomaremos la ofensiva, después de detener primero nuestra retirada y fortalecernos. Hay que retroceder en el momento oportuno y avanzar en el momento oportuno. Ese es el sentido de la estrategia de maniobra sobre la que tanta gente está armando tanto revuelo. Si sigo adelante a pesar de las circunstancias, ¿dónde está la maniobra? La estrategia de la maniobra, camaradas, consiste en retirarse, cuando es necesario, avanzar, cuando es necesario, y, cuando es necesario, combinar la retirada y la ofensiva para estar en la mejor posición para preparar y asestar un golpe. Así ocurre con la estrategia, igual que con nuestra política revolucionaria.

Así pues, ahora nos enfrentamos a un período de preparación, aquí, en Alemania y en Polonia. ¿Qué significa preparación aquí? Que pongamos en orden el ejército, que reunamos algunas reservas, que tratemos de elevar el nivel de las instituciones educativas, que amplíemos las escuelas de comandantes. Todo eso, sobre la base de serias concesiones al campesinado y, en parte, a la burguesía. En Alemania, el período preparatorio significa librar una lucha exitosa para ganar a las masas. En Polonia significa el crecimiento del partido comunista: en las elecciones para los clubes de las fundaciones hospitalarias, el partido comunista obtuvo más votos que el Partido Socialista Polaco, lo cual es un síntoma de extraordinaria importancia. Debemos estar siempre preparados a corto plazo, y sin duda una crisis está madurando en los acontecimientos que se están produciendo: pero ¿qué expresión internacional asumirá? Lo más probable es que Polonia no pueda soportarlo y comience a atacarnos.

Aquí enfocamos la cuestión desde el punto de vista de la agitación política, es decir, desde el de la preparación de la conciencia de las masas. ¿Qué estamos haciendo ahora en el terreno militar? Estamos llevando a cabo una desmovilización general. Es sorprendente la incoherencia de pensamiento de algunos camaradas. Recientemente hemos desmovilizado al 13º grupo de edad y estamos a punto de licenciar al 14º con permiso indefinido. Os pregunto: ¿cómo podemos, al mismo tiempo, desmovilizar y hablar de guerra revolucionaria ofensiva? O bien aquí se han devaluado todos los términos revolucionarios, o bien nosotros y nuestros “izquierdistas” hablamos idiomas diferentes. ¿Cómo es posible no acusar al Consejo Revolucionario de Guerra de la República y al comité central del partido de traición si estamos desmovilizando al ejército cuando lo que está en el orden del día es la guerra ofensiva? Sean coherentes. Nos desmovilizamos porque en estos momentos no vamos a combatir y, en consecuencia, no vamos a lanzar una ofensiva. Esto es lo que decimos a los obreros y campesinos: actualmente no tenemos guerra, no hay frentes, no vamos a atacar a nadie, y por eso nos desmovilizamos. Pero, ¿por qué mantener en el ejército a las clases de 1900 y 1901? Porque el peligro de un ataque contra nosotros no ha pasado, y el ejército debe mantener un esqueleto, para que pueda ampliarse en caso de peligro. ¿Tenemos una doctrina para nosotros y otra para el pueblo? Desde el punto de vista de la agitación política debemos explicar a los hombres del Ejército Rojo que el peligro no ha pasado, porque estamos, como antes, viviendo dentro de un cerco capitalista. No vamos a atacar a nadie por iniciativa propia. Nuestra posición es defensiva. Pero debemos exprimir de nuestra posición defensiva todas las posibilidades, todas las ventajas políticas que podamos, para que todo el ejército, compuesto en su mayoría por campesinos, pueda sentir, en caso de peligro, que lo que está en juego es el destino del poder campesino y obrero, que no puede haber más retirada, que ninguna concesión adicional servirá de nada, que tenemos que luchar. Sólo entonces, con nuestra retaguardia campesina que tarda en ponerse en marcha, podremos pasar de la retirada a la ofensiva, siempre que haya una ofensiva revolucionaria de la clase obrera de Europa. Este es el verdadero punto de vista de nuestro partido, y lo que algunos camaradas

han dicho aquí sobre doctrina revolucionaria está profundamente equivocado. Si nos acercáramos a las masas con este doctrinarismo no nos seguirían, nos abandonarían, y no obtendríamos las circunstancias que necesitamos para prepararnos. Ese es el meollo de la cuestión. Ahora, sobre la preparación. Recordemos que el enemigo de mañana será más serio que cualquiera de los que hemos enfrentado hasta ahora. Algunos camaradas adoptan la actitud: no pasa nada, pondremos todo nuestro peso sobre ellos y venceremos de alguna manera, es decir, movilizaremos una vez más a miles y miles de comunistas, si es necesario pondremos a tres hombres detrás de un fusil, y venceremos. Eso, después de todo, fue lo que ocurrió a menudo aquí en el pasado. Claro que ganaremos, porque no nos detendremos ante nada para ganar. Pero, de todos modos, ahora tenemos que tener una actitud mucho más atenta y seria respecto a la preparación política, organizativa y técnica. En lo que se refiere a Denikin y Kolchak, nuestros viejos métodos resultaron adecuados, pero en lo que se refiere a Polonia no lo fueron. Como ustedes probablemente saben, había diferencias entre nosotros en ese momento, sobre si hacer la paz con Polonia o marchar sobre Varsovia. Yo estaba a favor de hacer la paz, ya que era muy dudoso que tuviéramos el poder para llegar a Varsovia, por no hablar de tomarla. La respuesta a esa pregunta dependía, sin embargo, de una apreciación política general, en particular de nuestra estimación de la actitud que la clase obrera de Polonia adoptaría ante la guerra. Era difícil preverlo con precisión: finalmente, la opinión de que debíamos seguir adelante se impuso. La ofensiva fracasó. Pero incluso después de eso, mientras nos hacían retroceder, se alzaron voces para exigir que reanudáramos la ofensiva, ¡a toda costa! Pronto quedó claro, sin embargo, que esto era irrealizable: con un ejército completamente sacudido por la retirada y reabastecido apresuradamente con reemplazos frescos, casi sin entrenamiento, éramos incapaces de luchar, y un intento de llenar todos los huecos con comunistas habría significado simplemente destruir comunistas sin ningún propósito (de todos modos, no habríamos llegado a Varsovia). El ejército polaco era más hábil que los ejércitos de Kolchak y Denikin. Para afrontar el futuro debemos asegurarnos de prepararnos con la máxima minuciosidad.

Algunos camaradas piensan que hay que preparar al ejército *o* para la ofensiva *o* para la defensa, y con este objetivo construyen una doctrina revolucionaria de la ofensiva. Esto no es cierto. Un ejército se prepara para el conflicto, para la batalla, para la guerra y, en consecuencia, tanto para la acción ofensiva como para la defensiva. Los mismos métodos fundamentales son aplicables tanto a la defensiva como a la ofensiva, del mismo modo que un fusil puede utilizarse tanto en retirada como en ataque, y del mismo modo que unos puños entrenados pueden emplearse tanto para asestar un golpe como para repelerlo. Hay que dar a un ejército una formación práctica elemental para que pueda hacer buen uso de sus armas tanto en retirada como a la ofensiva. Y no necesitamos doctrinarismo.

¿Qué le falta a nuestro ejército? Habilidad, saber hacer, precisión, meticulosidad en la ejecución. Le falta precisión. Le falta cultura militar, como cualquier otro tipo de cultura. Conseguir que coincidan en el tiempo algunas operaciones previamente decididas es muy, muy difícil para nosotros: más difícil que realizar alguna hazaña heroica. Que un hombre vaya al teléfono y haga una llamada a una hora preestablecida, y que otro hombre esté esperando al otro lado a que esa llamada se produzca en ese momento, para poder recibir instrucciones (lo pongo como ejemplo) para lograr *ese* resultado, con nuestra forma de hacer las cosas, es una tarea realmente muy difícil. Y, sin embargo, la guerra no consiste en meros planes, sino en su cumplimiento, que, a su vez, se descompone en multitud de detalles. Cada operación, y la guerra en su conjunto, se compone de esos detalles. Por supuesto que necesitamos ímpetu, entusiasmo. Por supuesto que necesitamos un plan adecuado. Pero lo que más nos falta es una organización adecuada, habilidad,

conocimientos técnicos, asiduidad bien meditada, precisión. La mayoría de ustedes saben por experiencia que es precisamente por esta razón por la que la mayoría de las veces fracasamos. Ninguna persona tiene la culpa de un fracaso, porque todas están relacionadas entre sí, desde este pequeño descuido hasta aquella pequeña vaguedad, y todas juntas provocan la caída, la destrucción de miles de hombres. El camarada Kruchinsky dijo, con condescendiente lástima, que había leído mis mensajes sobre la necesidad de coser botones y engrasar botas. ¡Qué “nimiedades”! Cómo pueden importarnos ese tipo de cosas cuando lo que tenemos que hacer es prepararnos para la guerra ofensiva... Pero el problema es que, sin botas, es muy difícil llevar a cabo una ofensiva, o incluso retirarse.

La ausencia de esta precisión entre nosotros no es accidental, es una herencia de nuestra pasada esclavitud, un resultado de nuestro atraso, ignorancia, falta de cultura. Tenemos que librar una lucha feroz, obstinada y sistemática contra todo eso, en todos los sentidos y especialmente en el de la educación militar. El comandante que mira con desprecio las nimiedades no es una persona seria. Vuestro trabajo en las academias se ve obstaculizado la mayoría de las veces por “nimiedades” como la escasez de madera, bombillas o libros de texto. Ustedes, camaradas, ya han citado suficientes ejemplos sorprendentes al respecto. Si no se presta atención a estas “nimiedades”, no aprenderán, no estarán preparados, y el ejército sufrirá por ello. Por lo tanto, sin poder garantizar desgraciadamente el 100% de éxito, les prometo que intentaré al 100% subsanar todas estas deficiencias hasta el límite de lo posible.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es